

"...Antes que ser anarquista hay que ser justo, para que luego resulte que por ser justo se es anarquista..."

(Anselmo Lorenzo)

1).- La vigencia de la idea libertaria al fin de siglo.

Más allá de la necesidad de saludar la iniciativa por generar un encuentro de libertarios en México, quisiera empezar señalando enfáticamente la urgente necesidad por efectuarlo. Pocas veces como hoy, el escenario mundial ha estado tan plagado de condiciones adversas al afán emancipatorio anarquista y es por eso, sin duda, que la pertinencia de efectuar un encuentro como en que aquí nos reúne, resulta mayor. Entre más se generaliza una suerte de ilusorio "consenso", a escala planetaria, alrededor de la llamada "democracia burguesa" y sus mitos, más evidente resulta el carácter explotador, la esencia enajenante, la naturaleza ecocida, los fines autoritarios y la realidad opresiva y miserable del capitalismo mundializado. En efecto, la subcultura de la imbecilidad capitalista se enseñoorea en el mundo y acaso sólo quedan los anarquistas -al parecer y por desgracia muy pocos- para desmentir y para dar la lucha por revertir la falsedad y la mentira en que reposa el poder autoritario grancapitalista.

No pocas y sí muy complejas son las razones que explican la inmensa tragedia del mundo contemporáneo que nos ha tocado vivir al fin del siglo XX. Frente a la universalización del capitalismo de nuestros días, ocurre el derrumbe de los regímenes burocrático-tecnocráticos de los países siempre mal llamados "socialistas". Es en ese marco, donde la lucha de los anarquistas contemporáneos debe enfocarse hacia la reconstitución del movimiento libertario como movimiento social con presencia e incidencia en la lucha anticapitalista y favorable al desarrollo de la autogestión social generalizada.

Pero saludar la iniciativa de un encuentro de libertarios, no debe eximirnos de la autocrítica constructiva de todos nosotros en cuanto a lo débil que ha sido la promoción del ideario anarquista al seno del movimiento de masas mexicano. De ahí que un encuentro como el que nos trae aquí, debiera discutir cómo y de qué manera, la idea socialista-libertaria debe ser promovida como la alternativa práctica que es para el movimiento revolucionario anticapitalista mexicano. Movimiento que requiere, sí, de efectividad, de claridad política y de radicalidad, pero no de líderes mesiánicos, de vanguardias francas o solapadas y de caudillos autoritarios que siempre culminan burocratizados. Resolver este dilema es esencial en la lucha por venir. Y hablo de la lucha por venir, porque el anarquismo del siglo XX perdió la partida de libertad que emprendió. Fue derrotado no obstante la razón y la justeza de su ideario para la acción revolucionaria. Su derrota se inscribió, empero, en el terreno político militar y nunca en la fortaleza de su pensamiento maduro y libre. El anarquismo fue derrotado por sus más enconados adversarios: el capitalismo en general, y su forma más exacerbada, fascista, en particular. Pero por si fuera poco, el anarquismo tuvo que padecer injustamente la descalificación, la represión y el aplastamiento del estatalismo burocrático, no obstante que los anarquistas fueron copartícipes -y en muchos casos artífices- de las revoluciones anticapitalistas que el siglo XX conoció. Revoluciones que, por efecto del nuevo Estado que generaron, se convirtieron en lo opuesto que dijeron perseguir. Sólo los anarquistas previeron y cuestionaron con claridad la aberrante suplantación de la causa liberadora y fueron, por ello materialmente borrados del mapa.

Pero el anarquismo que ha perdido batallas, incluso guerras, subsiste con una razón histórica que con el paso del tiempo se agiganta. Puede decirse que el anarquismo es hoy, con su ideario justiciero y con su proyecto social alterno, la vena más sana del pensamiento socialista universal. Su autoridad moral es, con mucho, más genuina, legítima y trascendente que la del discurso comunista revolucionario, el cual ha sido desprestigiado por muchos de sus sedicentes "herederos" quienes no escapan al juicio objetivo de la historia. Sin embargo, es de lamentar que la práctica e inserción de los anarquistas se encuentra diluida, condenada a la marginalidad y, pareciera, que al olvido. No hay duda que revertir ese estado de cosas, constituye la más urgente y monumental de las tareas concretas contemporáneas para los anarquistas de hoy. Sacar al anarquismo del pasado, de la historia legendaria pero ida, de las bibliotecas polvosas del ayer y la derrota, de la marginalidad y sus cada vez más comprimidos espacios, es la tarea reconstructiva del momento. Fácil es decirlo, pero cuán difícil y extremadamente compleja su realización. Sólo encarando la cuestión, se podrá superar la lastimosa situación por la que atraviesa, alicaído, el anarquismo.

En ese sentido, me gustaría sugerir que de este encuentro deberán salir iniciativas multilaterales, capaces de iniciar la reconstrucción de los cimientos prácticos para reinsertar al anarquismo en la lucha social con presencia verdadera, gravitante, y con iniciativa de combate en todos los planos de ella que requieren la autodeterminación y la democracia directa como criterios rectores.

La presente ponencia pretende reflexionar el estado en que se encuentra la -en mi opinión- vigente idea socialista libertaria, en el marco del enfrentamiento y polémica histórica de los dos cuerpos teóricos revolucionarios que, desde su surgimiento, combatieron denodadamente al liberalismo deomonónico burgués contemporáneo suyo- y que hoy, remozadamente, adoptando la forma de neoliberalismo, oprime al mundo. Estos dos discursos teóricos son el anarquismo y el comunismo. Pero no es afán de esta intervención recrear estérilmente una polémica ya secular que ha llenado libreros enteros sin extraer otra conclusión que aquella consistente en la descalificación recíproca. Efectivamente, el diálogo entre dos discursos que me atrevería a definir como hermanos, no ha existido o ha existido mal. Su diálogo ha sido de sordos. Algo hay de trágico en ese filicidio recíproco. Máxime cuando la verdad absoluta no existe, y cuando a ambos discursos corresponde parcialmente la razón en una serie de cuestiones sustantivas, aunque son, también ambos, corresponsables en grado diferente de la derrota de la causa libertaria. Los únicos dos cuerpos concisos y contundentes contra el capitalismo que hoy se enseorea brutal y salvaje en el mundo, desde que se escindieran en la AIT -como resultado de la polémica entre Bakunin y Marx-, no han podido reencontrarse salvo coyunturalmente y sin lograr limar sus asperezas.

La identidad de los fines perseguidos por los anarquistas consecuentes y por los comunistas honestos no ha sido suficiente para reanudar un diálogo que, una vez extraídas sus conclusiones, resultaría fecundo para la acción revolucionaria y la práctica emancipatoria de hoy. Ciertamente es que las diferencias entre el socialismo libertario y el marxista, son múltiples. La misma discusión sobre los medios revolucionarios para una subversión que destruya emancipatoriamente el capitalismo, aquella que construya un mundo libre y no que sustituya a los viejos amos por otros nuevos, así lo confirma. Pero lo que hay que decir sobre eso es que, de ese divorcio, quien ha sacado la mejor parte ha sido el enemigo de ambos: el capitalismo. Así pues, mi objetivo en el presente texto es apuntar algunos de los elementos nuevos de esta polémica, a fin de establecer algunos puntos de contacto y convergencia entre anarquismo y comunismo, buscando suturar sus

coincidencias tandientes a la construcción de una nueva síntesis anarco-comunista. Ello, en la perspectiva de señalar que esta "sutura" puede sernos de utilidad en el trabajo revolucionario de hoy, aquí y ahora.

En México, como en el mundo, la necesidad de luchar para la destrucción del capitalismo, hacen necesario este ejercicio de búsqueda de aquellos puntos de consenso entre ambos discursos revolucionarios anticapitalistas. En particular, me interesa sugerir el rescate práctico del eslabón más sólido en que convergen el anarquismo y el comunismo bien entendido: la autogestión. La autogestión es, desde mi punto de vista, la más vigente y actual de las propuestas emancipatorias del socialismo libertario. Es, igualmente, el punto de consenso más claro entre el comunismo-radical y el anarquismo-colectivista. Empero, el destino de la autogestión ha sido desafortunado. Deformada por unos, ignorada por otros y desconocida por muchos más, el concepto de autogestión no solo contiene en su seno los fundamentos de la crítica más radical y autorizada contra el mundo heterogestionado que nos domina, explota y aliena, sino que contiene, también, la propuesta constructiva de un modelo social de reproducción práctica alterno al capitalismo y a las sociedades estatistas. Del desastre de éstas últimas, que con la perestroika iniciaron su derrumbe al parecer definitivo, se viene aclarando la vigencia del pensamiento socialista-libertario y la pertinencia de la autogestión.

La importancia de la autogestión, estriba en que con ella se posibilita el situar el problema de la libertad en el centro de las preocupaciones políticas humanas, pero económicas y sociales en general también. Esto es así, porque la autogestión es el antídoto más eficaz para subvertir en todos sus planos y niveles las relaciones de poder y autoridad, las cuales, articuladas en la fábrica, la familia, la escuela, la pareja, en el propio Estado, etc., configuran una realidad de represión, autoritarismo y enajenación contra la especie humana. Por eso, anarquismo, autogestión y libertad, constituyen tres aspiraciones interrelacionadas y de influencia recíproca, que persiguen la emancipación social e individual de todas sus cadenas institucionalizadas. Con razón Lucio Fabbrí planteó recientemente una definición sintética de anarquismo en los siguientes términos:

"El anarquismo socialista, reducido a su formulación más sencilla y general es el movimiento que tiende a una sociedad socialista, no autoritaria, es decir sin poder coercitivo, y basada no en la centralización unitaria sino en una coordinación de tipo federal, de modo que (el individuo sea autónomo en el grupo, el grupo autónomo en la región, la región en la nación, y así sucesivamente sin desmedro de la ayuda mutua, de pactos recíprocos y -eventualmente- de planificación a distintos niveles" (1)

Efectivamente, el socialismo adquiere su verdadero significado y contenido con la desaparición de todo poder estatal centralizador en beneficio de la autogestión. Por ello, el carácter alternativo de las tres formulaciones -anarquismo, autogestión y libertad- que sintetizan cabalmente la aspiración liberadora que los socialistas libertarios siempre han perseguido, resulta plenamente actual. Lo es, dado que en la recta crítica del fin de siglo asistimos a lo que podría definirse como el rotundo fracaso de los dos modelos explotadores de sociedad industrial que la humanidad del siglo XX ha conocido: uno, el modelo de sociedad industrial concurrencial capitalista; otro, el modelo de sociedad industrial estatal burocrático-tecnocrático.

En el balance del siglo XX, el género humano no ha logrado arribar a una modalidad de reproducción global de sus condiciones de vida que, al tiempo que satisfaga la necesidad general de la especie humana y sus colectividades, de manera justa, desenajenada y libre, guarde asimismo un vínculo de equilibrio vital y respetuoso con nuestro entorno ecológico-natural. Lo cierto es que nos encontramos ante una crisis general de los valores que han regido a la cultura y a la civilización industrialista. El encuentro con las urgentes alternativas que precisa la humanidad al fin del milenio, no será posible bajo el dominio férreo y depredador del capitalismo. No lo es, porque la razón que guía a su "lógica" es la de acumular capital. Esa ilógica de explotación, dilapidatoria de los recursos naturales y la razón instrumental que la guían está conduciendo a la más organizada y sistemática devastación del mundo natural y está dejando exhausta a la naturaleza. Destruído mediante el ecocidio sistemático de su hábitat el hombre corre hoy, como nunca antes, el riesgo de su desaparición definitiva. Como dijera elocuentemente Eduardo Subirats:

"La crítica de la figura histórica de la razón humana coincide con la impugnación de la dominación en el doble aspecto bajo el cual ésta se realiza: como sometimiento de la naturaleza y como coacción social" (2)

El ataque a esa razón instrumental devastadora, ecocida y de explotación, la cual coincide con el logos de la dominación, el poder y la autoridad, constituye la primera tarea que ha de abordar el pensamiento y la acción libertaria del siglo XXI, y su traducción a un modelo económico, político y social alterno al fracaso de los otrora denominados incorrectamente "países socialistas", y al fracaso del capitalismo de la modernidad salvaje de hoy. Frente a estas dos modalidades de sociedad industrialista, la única alternativa es el socialismo-libertario promotor activo de la autogestión social generalizada. Veamos el lugar que la autogestión cumple como propuesta emancipatoria, al fundir en positivo los aportes del socialismo-ácrata, con lo mejor y más consecuente del comunismo-marxista.

## II).- El lugar de la autogestión en la vigente idea socialista.

El concepto de autogestión es un concepto que hizo su aparición en la escena de la historia, después de la segunda mitad del siglo XIX. Desde entonces, una constante ha venido caracterizando a los diversos sectores de la lucha revolucionaria que lo han reivindicado como principio transformador y libertario por excelencia: el constituir los elementos más avanzados del movimiento general anticapitalista. Al mismo tiempo, los primeros y más brillantes teóricos del socialismo-anarquistas y comunistas- empezaron a reivindicar la autogestión por el hecho de que, con esta noción, se persigue la realización práctica o el logro de la gestión de todo aquello que es "propio de uno". Autogestión, en ese sentido, significa el tomar en manos de uno mismo, todo aquello que directamente nos interesa y afecta.

En un sentido económico, la autogestión es la gestión autodeterminada por parte de los productores directos -los obreros y los trabajadores productivos y/o asalariados- de los medios de producción material. La autogestión, por eso, persigue el que sean los propios trabajadores (al margen de patrones, burócratas sindicales y políticos profesionales) quienes pasen a ocupar el control y la gestión efectiva de los medios de producción, valiéndose para ello de la democracia directa, la cual, no delega en terceros los asuntos, sino que asume como algo propio la resolución de los mismos en sus procesos y, en particular, el de la producción.

Muchas son las definiciones que de la autogestión se han dado desde que naciera el concepto. En este aspecto, anarquistas y comunistas radicales, han planteado y coincidido, que el socialismo es impensable sin el componente de la autogestión económico-productiva, pero también social. Una de las definiciones que de la autogestión más se ha popularizado por su accesibilidad, es la que nos proporcionan Y. Bourdet y A. Guillermin:

"La autogestión es una transformación radical no sólo económica, sino también política en el sentido de que destruye la noción de política común (como gestión reservada a una casta de políticos), para crear otro sentido de esta palabra: a saber, la toma en sus manos y a todos los niveles de todos sus asuntos por todos los hombres" (3)

Esta definición a la que debe añadirse el hecho de que su significado alude al control y al dominio por parte de los directamente involucrados en todos los asuntos que le afectan y le conciernen a las colectividades desde la fábrica, la escuela, el barrio, el municipio y, desde luego y primordialmente, el gobierno mismo, se ve complementado por el planteamiento que acerca del mismo concepto avanza Denis de Rougemont cuando sostiene:

"La autogestión es en principio la gestión por parte de las comunidades de base -municipalidades y empresas, luego regiones- de las tareas de naturaleza estatal que a su nivel le son propias. Pero es también el ejercicio permanente de los poderes de decisión política y de control por aquellos que los ejecutan" (4)

Hay que señalar, desde luego, que la autogestión no nació de las cabezas geniales y las teorías de los grandes pensadores, sino de una práctica que los teóricos de diversas filiaciones se encargaron de registrar y analizar incorporando la a su pensamiento en búsqueda de alternativas. Muchos teóricos, dedujeron su importancia al calor de los acontecimientos históricos y del implícito afán autogestionario presente en las grandes gestas históricas por la emancipación social. Así fue con Marx y las conclusiones a que accedió en "La guerra civil en Francia", texto en donde analiza la Comuna de París y a la que reconoce su aliado decididamente autogestionario. Dice Marx acerca de las lecciones que dejaba la Comuna:

"La Comuna de París demostró la posibilidad del autogobierno, la autogestión de los trabajadores y, por lo tanto, de una sociedad de autogestión. La condición fundamental de ese autogobierno es la destrucción del aparato burocrático de Estado" (5)

La comuna demostró a Marx que se podía ir más lejos; que se requería ir más allá; que era preciso avanzar más con el objeto de lanzarse a la construcción de contrainstituciones subvertidoras del poder y del principio de autoridad en que reposa aquél. Esto que a Marx le aclaró la Comuna, era lo que desde antes los principales anarquistas contemporáneos suyos -Proudhon y Bakunin- habían venido sosteniendo y que los acontecimientos revolucionarios de la Comuna ratificaron. En la esencia de la comuna estuvo la autogestión, la iniciativa capaz de gestar y desarrollar de modo independiente y autónomo, desde abajo, y por la propia gente involucrada en la defensa de sus intereses siempre burlados por terceros, de formas naturales de democracia directa.

De lo que he dicho hasta aquí, se desprende que la convergencia entre anarquismo y comunismo en cuanto a reivindicar la autogestión, no es una coincidencia voluntaria sino objetiva. Es inútil sectarizarse y alegar la propiedad de un concepto que es herencia del movimiento social. Si los más honestos comunistas y los más consecuentes anarquistas, reivindicaron a la autogestión, ello obedece a su sensibilidad para interpretar en dicha aspiración, el camino correcto hacia los fines en identidad que un pensamiento y otro han perseguido. Si no se ve esto, ambas corrientes de pensamiento para la acción revolucionaria anticapitalista, continuarán peleando entre sí, en medio de la hegemonía mundializada capitalista. Sólo abriendo los criterios, en beneficio del movimiento social, se podrá arribar a la síntesis anarcocomunista que los tiempos que corren exigen para ofrecer un discurso conciso y radical para la transformación del mundo que nos ha tocado vivir.

Si los anarquistas colectivistas defienden y suscriben la autogestión, es por que ella supone un rechazo implícito del Estado. Todo Estado queda asimilado con la opresión y la supresión de toda autoridad es un objetivo anarquista que la autogestión, ahí donde ha surgido coyunturalmente o de modo temporal, ha perseguido. Para los libertarios, la autogestión significa la afirmación de los derechos de la espontaneidad y, en ese sentido, promueve la democracia directa contra todas las formas de representación y delegación. Por ello, la autogestión es la exaltación de los derechos de las llamadas "bases" contra cualquier forma de poder centralizado. El sujeto de la autogestión es el individuo aliado a su colectividad por la identidad de sus fines generales de liberación.

Si los comunistas avalan y coinciden con la autogestión, es por que ella señala, antes que nada, una finalidad liberadora. Para los comunistas, la autogestión es una figura acabada hacia la cual debiera tender el socialismo cabalmente entendido para convertirse en comunismo. La autogestión es entendida como el "punto omega de la historia". Cualifica la perspectiva de una sociedad transparente; la esperanza de una fusión posible entre los intereses particulares del individuo y el interés general de la sociedad. La autogestión significa, por ende, la puesta en práctica de unas relaciones sociales de producción armoniosas e igualitarias en el contexto de una sociedad de abundancia pero no depredadora, que haya logrado suprimir los conflictos y contradicciones sociales antagónicas, abolido las clases y borrado las formas caducas de explotación, alienación o dominio.

En la lógica de las alternativas que el movimiento social mexicano está pidiendo, que requiere y del cual está ayuno, como demuestra la cada día más desgastada expectativa en el canto de sirena electorero, la síntesis anarcocomunista puede cumplir un papel sustantivo. Como síntesis, exige el rescate de los más avanzados aspectos que cada uno de los dos cuerpos teóricos revolucionarios han ofrecido, sin culpas por desechar lo caduco. Ni todo lo que Marx escribió es falso como creen los anarquistas cerrados, ni es verdad que el pensamiento de Bakunin es pequeñoburgués, como creen la especie en extinción de los "comunistas" dogmáticos que no saben hoy que hacer con las duras réplicas de la historia, cuando su iglesia ortodoxa se derrumba.

Los aportes que en positivo nos ofrecen ambos discursos revolucionarios, se encuentran claramente acotados. En lo que a la crítica del capitalismo se refiere, los aportes de ambos atraviesan transversalmente la esencia de un modo de producción imposible de embellecer. Correlacionados, configuran una crítica de-

moleadora de su esencia, de su modo de producir y reproducir - explotadora, opresiva y enajenadamente-, las condiciones de vida humana.

En ese sentido, considero que el aporte del comunismo radical, crítico y antirevisionista, estriba en la teoría científica que desarrolla -fundamentalmente a partir de Marx y sus sucesores consecuentes- para demostrar la explotación económica y la mecánica de apropiación ilegítima del plusproducto social, bajo la modalidad de plusvalía o el trabajo no remunerado que se embolsan los capitalistas para enriquecerse a las costillas de la clase trabajadora. El Capital, en tanto que obra cumbre, económica de Marx, en ese sentido -como en otros- continúa vigente por mucho que la embestida gran capitalista de hoy pretenda sepultarlo y exaltar las tesis económicas del neoliberalismo. Es vigente en la medida que desvela y desnuda, con su teoría de la mercancía, la teoría del valor-trabajo, la ley de la acumulación capitalista, etc., las leyes generales, económicas, que rigen a la dialéctica de reproducción del capitalismo. Por ende, constituye el más actual, vigente y riguroso argumento económico para reivindicar una revolución anticapitalista. Los anarquistas no pueden negar esto.

Desde otro punto de vista, el anarquismo ha desarrollado como ninguna otra concepción una teoría fundamental para la lucha anticapitalista de inobjetable actualidad: la teoría del poder. Ahí donde el marxismo se regodeó torpemente y con malabarismos doctrinarios, para justificar el nuevo Estado que redundó en la dictadura sobre el proletariado y las masas en general, el anarquismo demostró -como dijera brillantemente Bakunin- que "el ejercicio reiterado del poder genera intereses". De esto la tremenda lección que dejan los torpemente denominados "países socialistas" que se han derrumbado, es elocuente. La crítica del Estado, desarrollada por ejemplo en Estatismo y Anarquía de Bakunin, previó 50 años antes de la Revolución Rusa de 1917, lo que ocurriría con ella al trocarse en su justo contrario. Gracias a la teoría del poder de los anarquistas, sabemos de la necesidad ineludible de destruir todo poder estatal, lo que implica en este rubro -y a diferencia de la torpeza marxista en él- que no debemos esperar a que el nuevo Estado "se extinga" como dijera, ingenuo, Engels, sino que se requiere una estrategia, deliberada y conciente, lúcida y radical, para destruir cualquier Estado. Por ende, la crítica a la teoría del poder anarquista, constituye el más acertado y cabal argumento político para impulsar la revolución anticapitalista. Eso, los comunistas no pueden ponerlo en tela de juicio.

Como vemos, aunque de modo esquemático aquí, comunismo y anarquismo, tienen el mérito conjunto de aportar los argumentos económicos y políticos para emprender, aquí y ahora, con el trabajo de los revolucionarios consecuentes, más allá de toda filiación, la lucha superadora del capitalismo, justo cuando más urgente resulta. De ahí, también, que sea importante el trabajo de síntesis anarcocomunista, para la lucha libertaria contemporánea.

Pero la revolución anticapitalista que propone la construcción del socialismo libertario, no será una revolución sin más, sino que será, antes bien, un complejo de revoluciones, o mejor, una articulación de ellas. Será a la vez y simultáneamente una revolución económico-política. Económica, por el hecho de perseguir la socialización de los medios productivos, la propia producción material y la apropiación colectiva de los productos del trabajo social humano. Política, porque se afanará en destruir toda relación de autoridad o subalternidad y su materialización a través de la figura del Estado.

Pero a estas revoluciones, se le deberán articular de modo sucesivo: una revolución cultural, la cual tendrá como tarea principal, subvertidora de la división social del trabajo - en cuanto que fuente de subalternidad-, la socialización del conocimiento y de los medios de producción intelectual; una revolución sexual-familiar que modifique el carácter enajenado e interposesivo que adoptan las relaciones afectivo-sexuales en el marco de la sociedad sexista-patriarcal. Revolución sexual que combatirá, asimismo, la estructura institucional del núcleo familiar que reproduce el poder autoritario deseducador de los padres sobre los hijos y de los hombres sobre las mujeres; una revolución o subversión geográfica, que de al traste con las compartimentaciones territoriales y su pernicioso efecto traducido en el poder y dominio de unas naciones sobre otras, matriz generadora de las guerras de conquista y de sometimiento de unas naciones por otras y que a la vez respeta la geografía autónoma federada; una revolución ecológica, que ponga freno a la devastación que las sociedades industrialistas han perpetrado impunemente para beneficiar a las clases dominantes.

En fin, hablo de una revolución total, una estrategia subvertidora de todas las fuentes de las que emanan las relaciones de autoridad. Deberán ser revoluciones anti y contrainstitucionales, porque el ideal libertario sabe bien que el poder y su autoritarismo se sirve de todas las instituciones para tender una red de sometimiento que abarca a todos los individuos y sus colectividades en sociedad. El Estado, la propiedad privada, la escuela, las iglesias, la familia, las prisiones, los manicomios, etc., son, tan sólo, algunas de las instituciones que sirven para perpetuar el poder que los anarquistas queremos destruir, que mantienen el sometimiento, la servidumbre y la autoridad de los poderosos contra los explotados y oprimidos. De ahí que, la subversión total, anarcocomunista, deberá articular sus iniciativas de combate por los medios adecuados para el logro de las finalidades libertarias.

En esa tarea monumental, en ese sueño de libertad, que persigue hacer posible lo imposible, la autogestión habrá de ser una piedra de toque fundamental para la estrategia anarquista en los tiempos por venir. Su eslabonar en un sólo discurso superador de las esclavitudes humanas, de los aportes anarquistas y de las contribuciones comunistas será decisiva. Culmino con cinco proposiciones que pueden precisar cuáles son los objetivos y las condiciones que definen la autogestión:

1.- La autogestión es una vieja aspiración contenida en una idea política nueva, resultante de la deformación o el alejamiento del genuino ideal emancipatorio socialista en las sociedades que en su nombre, pero contra él, generaron un modelo de sociedad industrial poscapitalista, burocrático y antisocialista. En tal sentido, la autogestión es la rehabilitación de la dimensión política integral del socialismo.

2.- La autogestión es un realismo democrático. Se basa en un análisis de las dificultades del ejercicio democrático-directo del poder por todos los involucrados. Su problema cardinal es el de las condiciones de la democracia y su práctica concreta aquí y ahora.

3.- La autogestión se define como la apropiación social de los medios del poder en toda la sociedad, por parte de todos sus miembros. La autogestión, aunque pasa por la socialización de los medios de producción, no se detiene en ella, sino que va más allá, como autogestión social generalizada.

4.- La autogestión es, tanto una estrategia como un objetivo; es un medio pero también un fin. Propone una estrategia de apropiación colectiva de los medios del poder, para neutralizar la apropiación privada de éste en las sociedades heterogestionarias: el capitalismo y el estatalismo burotecnocrático. Permite superar la controversia "reforma o revolución" al definir una problemática política de experimentación social alternativa.

5.- La sociedad política autogestionada, está ligada a un modo de producción autónomo, federalista y alternativo. Ello implica que sea considerado, o mejor reconsiderado, la relación entre actividad económica y las otras formas de actividad social.

Alfredo Velarde

Ocotepéc, Morelos a 14 de Septiembre de 1991

### Notas

- (1) "El anarquismo socialista hoy". Lucio Fabbri. Guāngara, Marzo de 1991 p.p. 25.
- (2) "Contra la razón destructiva". Eduardo Subirats. Editorial Tusquets. Cuadernos infomos # 89. Barcelona 1979, p.p. 9
- (3) Y. Bourdet y A. Guillermin, L'autogestión, Seghers, 1975.
- (4) Denis de Rougemont, L'avenir est notre affaire, Stock 1977.
- (5) K. Marx. "La guerra civil en Francia" (Borradores) Ed. En Lenguas Extranjeras Pekín.